

creto existía en ella, que se sobreponía á todos los razonamientos.

— Concibo los temores que le inspira su ternura para conmigo, respondió; pero ¡cuántos motivos tengo para esperar! ¡Reflexione usted! ¡Vea cuántos favores inesperados me ha concedido ya Dios, porque había puesto en él toda mi confianza! No sabía cómo obtener un pasaporte, y él ha forzado la boca del incrédulo para indicarme los medios de obtenerlo; él ha sido quien ha enternecido al inexorable gobernador de Tobolsk. En fin, á pesar de su invencible repugnancia, ¿no se ha visto usted mismo constreñido á concederme el permiso de partir? Esté usted, pues, seguro, añadió, que esa Providencia que me ha hecho allanar tantos obstáculos y que me ha protegido de un modo tan visible hasta ahora, sabrá conducirme á los pies de nuestro emperador. Ella pondrá en mi boca las palabras que deban persuadirle, y la libertad de usted será la recompensa del consentimiento que me otorga.

Desde este instante, quedó decidida la marcha de la joven, pero no se determinó aún la época precisa. Lopuloff confiaba poder sacar algunos socorros de sus amigos: muchos prisioneros tenían medios; habían llegado hasta á hacerle, en otras ocasiones, ofrecimientos que su discreción no le había permitido aceptar; pero en esta ocasión se proponía aprovecharlos. Deseaba también encontrar algún viajero que pudiese acompañar á su hija durante las primeras jornadas. En ambos deseos, sus esperanzas quedaron fallidas. Sin embargo, Prascovia apresuraba su partida. Toda la fortuna de la

familia consistía en un rublo de plata¹. Después de haber intentado inútilmente acrecer esta módica suma, se fijó el día de la cruel separación, que debía ser, según los deseos de la viajera, el 8 de septiembre, día de una fiesta de la Virgen. Tan pronto como la noticia se extendió por el pueblo, todos sus conocidos fueron á verla, movidos más por curiosidad que por verdadero interés. En vez de ayudarla ó de animarla en su empresa, generalmente reprobaron á su padre el haberle concedido permiso para marchar. Los que hubieran podido darle algún socorro, hablaron de las circunstancias desgraciadas que impiden con frecuencia á los mejores amigos servirse en la necesidad; y en vez del auxilio y de los consuelos que la familia esperaba, no le dejaron al marcharse sino siniestros presagios. Sin embargo, dos de los más pobres y de los más oscuros prisioneros tomaron la defensa de Prascovia y la animaron con sus consejos.

— Se ha visto, dijeron, triunfar cosas más difíciles contra toda esperanza. Sin llegar ella misma hasta el soberano, encontrará protectores que hablarán en su nombre cuando la conozcan y la amen como nosotros.

El 8 de septiembre, al romper el día, estos dos hombres volvieron para despedirse de ella y asistir al acto de su partida. Encontráronla ya dispuesta para el gran viaje y cargada de un saco que había preparado hacia mucho tiempo. Su padre le dió el rublo que le destinaba, pero que ella no quería aceptar; argüía que esta pequeña suma no podía conducirla hasta San Peters-

1. Unas cuatro pesetas.

burgo, mientras que para ellos podía hacerse necesaria. Sólo una orden absoluta de su padre pudo conseguir que la aceptara. Los dos pobres desterrados quisieron también contribuir al fondo que llevaba para el viaje; uno le ofreció treinta kopecks en cobre, el otro una pieza de plata de veinte kopecks; era su subsistencia de muchos días. Prascovia rehusó su generoso ofrecimiento, pero sintióse vivamente emocionada y agradecida.

— Si la Providencia, les dijo, concede algún favor á mis padres, espero que ustedes participarán de él.

En este momento los primeros rayos del sol naciente aparecieron en la habitación.

— Ha llegado la hora, dijo; es preciso separarnos.

Después se sentó é hicieron lo propio sus padres y los dos amigos, como es costumbre en Rusia en semejante circunstancia. Cuando un amigo parte para un largo viaje, en el momento de dar su último adiós, el viajero se sienta; todas las personas presentes deben imitarle: después de un minuto de reposo, durante el cual se habla del tiempo y de cosas indiferentes, se levantan, y los sollozos y los abrazos comienzan.

Esta ceremonia, que á primera vista parece insignificante, tiene, sin embargo, algo que interesa. Antes de separarse para mucho tiempo, quizá para siempre, descansan todavía algunos momentos juntos, como si se quisiera engañar al destino y robarle esa corta alegría.

Prascovia recibió de hinojos la bendición de sus padres, y desprendiéndose valerosamente de sus brazos, abandonó para siempre la choza que le había servido de cárcel desde su infancia. Los dos desterrados la acom-

pañaron durante la primera *versta*¹. El padre y la madre, inmóviles en el umbral de la puerta, la siguieron mucho tiempo con la mirada queriendo darle un último adiós; pero la joven no volvió la cabeza y no tardó en desaparecer en lontananza.

Lopuloff y su esposa regresaron entonces á su triste morada, que en adelante iba á parecerles desierta. Los desgraciados vivieron aún más aislados que antes: los otros habitantes de Ischim acusaban al padre de haber empujado él mismo á su hija á esta imprudente empresa y le ridiculizaban con tal motivo. Burlábanse, sobre todo, de los dos prisioneros, los cuales, en su sencillez, no habían ocultado la promesa que Prascovia les había hecho de interesarse por ellos, y les felicitaban de antemano por su buena fortuna.

Dejemos ahora aquella región de dolores y sigamos á nuestra interesante viajera. Cuando los dos amigos que la habían acompañado la abandonaron, encontró á varias muchachas que llevaban el mismo camino que ella, hasta el próximo pueblo, distante de Ischim como unas veinticinco verstras. En el camino fueron alcanzadas por un grupo de jóvenes campesinos, algunos de los cuales estaban medio borrachos; se apearon de sus caballos so pretexto de acompañarlas: esto ocurría á la entrada de un gran bosque. Las viajeras, alarmadas, no quisieron aventurarse á penetrar en él con semejante compañía; llevaban algunas provisiones y se sentaron al borde del camino para tomar un bocado, rogando á

1. Medida itineraria de Rusia, equivalente á 1 kilómetro 67 metros.

los aldeanos que continuaran su marcha; pero éstos se sentaron con ellas, declarando querer compartir su desayuno y acompañarlas luego hasta el pueblo. En esta situación, Prascovia, para alejar á esos importunos, creyó poder emplear un ardid que le dió buen resultado.

— Iríamos gustosas con vosotros, les dijo; pero debemos esperar aquí á mis hermanos, que nos traen carros para llevarnos.

Los jóvenes vieron, en efecto, á lo lejos, dos carretas que Prascovia había distinguido antes que ellos; en seguida volvieron á montar á caballo y desaparecieron.

— Era una mentirijilla, decía contando su primera aventura; pero no me ha acarreado ninguna desgracia.

Llegó felizmente al pueblo donde debía detenerse, alojándose en casa de un aldeano conocido suyo, que la trató muy bien.

Al día siguiente, al despertar, la fatiga de la primera marcha que había hecho en su vida, se dejaba sentir vivamente. Al salir de la *isba*¹ donde había pasado la noche, tuvo un momento de espanto cuando se vió completamente sola. La historia de Agar en el desierto acudió de nuevo á su memoria y le devolvió su valor. Hizo la señal de la cruz y se puso en camino, encomendándose á su ángel custodio. Después de haber pasado varias casas, percibió la muestra del águila sobre

1. Casa de aldeano, compuesta ordinariamente de una sola habitación, de la que una enorme chimenea ocupa buena parte. Aunque la *isba* corresponde casi á la palabra *cabaña*, no implica, sin embargo, la idea de miseria.

la taberna del pueblo, ante la cual había pasado la víspera: lo que le hizo juzgar que, en vez de haber tomado el camino de San Petersburgo, volvía sobre sus pasos. Se detuvo para orientarse, y vió á su huésped que sonreía á la puerta de su casa.

— Si viajas de esta manera, exclamó, no irás muy lejos, y harías mejor quizá volviendo á tu casa.

Este mismo accidente se repitió en adelante algunas veces; y cuando, en su indecisión, preguntaba por el camino de San Petersburgo, á la extrema distancia en que se encontraba de dicha ciudad, se burlaban de ella, lo cual la ponía en gravísimo aprieto. No teniendo idea alguna del país que debía recorrer, Prascovia se había imaginado que la ciudad de Kiew, famosa en la religión del país, y de la cual su madre le había hablado con frecuencia, se encontraba en el camino de San Petersburgo; tenía el propósito de hacer en aquella ciudad sus devociones al pasar, y se prometía tomar en ella el velo, más tarde, si su empresa alcanzaba el éxito apetecido.

En la falsa idea que se había formado de la situación de la misma, viendo que se sonreían cuando preguntaba por el camino de San Petersburgo, preguntaba á los que pasaban por el de Kiew, lo cual le daba todavía peores resultados.

Una vez, entre otras, encontrándose perpleja sin saber cuál elegir entre muchos caminos que se cruzaban, aguardó la llegada de un *kibick*, que se aproximaba, y rogó á los viajeros que le indicaran cuál de aquellos caminos conducía á Kiew. Creyeron que se chanceaba.

— Tome usted, le dijeron riendo, el que quiera;

todos ellos conducen igualmente á Kiew, á París y á Roma.

Tomó el del centro, que resultó afortunadamente ser el suyo. No podía dar ningún detalle exacto acerca del camino que había hecho, ni acerca del nombre de los pueblos por que había pasado y que se confundían en su memoria. Cuando llegaba á una aldea poco importante, era ordinariamente bien acogida por los dueños de la primera casa donde pedía hospitalidad; pero en los pueblos grandes, y cuando las casas tenían buena apariencia, casi siempre hallaba dificultades para encontrar asilo; á menudo la tomaban por una aventurera de malas costumbres, y esta sospecha injusta le produjo grandes disgustos durante su viaje.

Algunas verstas antes de llegar á Kamouicheff, una violenta borrasca la sorprendió en el camino cuando acababa con pena una de las más largas jornadas que había hecho hasta entonces. Redobló el paso para llegar á las primeras habitaciones, que no creía muy distantes; pero habiendo un torbellino de viento derribado un árbol delante de ella, el terror le hizo buscar refugio en el vecino bosque. Colocóse bajo un pino rodeado de altos matorrales, para preservarse de la violencia del viento. La tempestad duró toda la noche; la joven la pasó sin abrigo en aquel lugar desierto, expuesta á los torrentes de la lluvia, que no cesó hasta la mañana. Cuando apareció el alba, arrastróse hacia el camino, extenuada de frío y de hambre, para continuar su ruta. Afortunadamente, un campesino que pasaba tuvo piedad de ella y le ofreció un sitio en su carreta.

Hacia las ocho de la mañana llegó á un pueblo de cierta importancia. El campesino, que no debía detenerse en él, la dejó en medio de la calle y prosiguió su camino. Prascovia presentía que sería mal recibida: las casas tenían una buena apariencia. Sin embargo, acosada por la fatiga y el hambre, se aproximó á la ventana baja, cerca de la cual una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años hallábase ocupada limpiando legumbres, y le rogó que la recibiera en su casa. La aldeana, después de haberla examinado algunos instantes con aire despreciativo, la despidió con dureza.

Al bajar de la carreta que la había conducido, Prascovia había caído en el barro, manchándose su ropa por completo. La noche cruel que acababa de pasar en el bosque, así como la falta de alimento, habían sin duda alterado también los rasgos de su fisonomía, dándole un aspecto desfavorable. La infeliz fué arrojada de todas las casas donde se presentó. Una mala mujer, á la puerta de cuya casa se había sentado vencida por el cansancio y á quien conjuraba para que la recibiera, le obligó con amenazas á que se alejara, diciéndole que ella no recibía en su casa ni á los ladrones ni á las perdidas. La joven, viendo delante una iglesia, se encaminó tristemente hacia ella.

« Á lo menos, se decía, de aquí no me arrojarán. »

La puerta estaba cerrada y se sentó en las escaleras. Algunos mozalvetes que la habían seguido y que se habían agrupado á su alrededor cuando la mujer la maltrataba, continuaron insultándola y tratándola de ladrona. Cerca de dos horas permaneció en esta situa-

ción angustiosa, muerta de frío y de necesidad, rogando á Dios que la asistiera y le diera fuerzas para soportar aquella prueba.

Sin embargo una mujer se aproximó para interrogarla. Prascovia le contó la horrible noche que había pasado en el bosque; otros campesinos se detuvieron para oírla. El *starost*¹ del pueblo examinó su pasaporte y declaró que estaba en regla; entonces la buena mujer, enternecida, le ofreció su casa; pero cuando la viajera quiso levantarse, sus miembros estaban de tal modo entumecidos, que hubo necesidad de sostenerla. Había perdido uno de sus zapatos, y mostró su pie desnudo y sus piernas hinchadas. Una compasión general sucedió bien pronto á las indignas sospechas con que había sido maltratada. La colocaron en una carreta, y los mismos muchachos que la insultaran algunos momentos antes, se apresuraron á arrastrar el vehículo y así la condujeron á casa de la aldeana, que la recibió con mucha amistad, y en cuya casa pasó varios días. Durante este tiempo de reposo, un campesino caritativo le arregló un par de botas; en fin, cuando hubo recobrado su salud y sus fuerzas, se despidió de la buena mujer y continuó su viaje, que prosiguió hasta el invierno, deteniéndose más ó menos en diferentes pueblos, según que el cansancio le obligaba á ello y con arreglo á la acogida que recibía de sus moradores. Procuraba ella, durante este tiempo, hacerse útil, bariendo la casa, lavando la ropa ó cosiendo para sus

1. Alcalde.

huéspedes. No refería su historia hasta que era ya recibida y se hallaba establecida en la casa. Había notado que cuando quería darse á conocer desde los primeros momentos, no la creían y la tomaban por una aventurera. En efecto, los hombres están generalmente dispuestos á mostrarse rígidos cuando observan que se les quiere conquistar. Es preciso conmovérles sin que ellos desconfien; y mejor conceden su compasión que su estima. Prascovia empezaba, pues, por pedir un pedazo de pan; hablaba después de la fatiga que la abrumaba, á fin de obtener hospitalidad; por último, cuando se hallaba establecida en la casa en que la recogían, decía su nombre y contaba su historia. ¡Así es cómo hacía poco á poco el cruel aprendizaje del corazón humano!

Ocurria á menudo, que personas que la habían despedido, al ver cómo se alejaba llorando, volvían á llamarla y la trataban muy bien. Los mendigos acostumbrados á los desdenes, suelen preocuparse poco de ellos; pero Prascovia, aunque colocada por la suerte en una situación deplorable, no se había visto todavía, antes de su viaje, en el caso de implorar la caridad, y pese á toda su fuerza de alma y á su resignación, no podía soportar las esquivances del público, sobre todo cuando provenían del mal concepto que se tenía acerca de ella.

El buen efecto que había producido en las circunstancias de que acabamos de hablar la exhibición de su pasaporte, la decidió en adelante á presentarlo siempre que deseaba obtener mayor consideración de sus huéspedes: se la calificaba allí de hija de capitán; lo cual le fué muy útil en varias ocasiones. Sin embargo, con-

fesaba que la desgracia de ser rechazada le ocurría raramente, en tanto que los tratamientos humanos y benévulos que le habían dispensado, eran innumerables.

« Se imaginan, decía, que mi viaje ha sido desastroso porque no refiero sino las penas y los apuros en que me he encontrado, y no digo nada de los buenos albergues que he tenido, y cuya historia nadie desea saber. »

Entre las situaciones penosas de su viaje, hay una en la cual creyó la joven amenazada su vida, y que merece ser conocida por su singularidad.

Caminaba una tarde siguiendo lo largo de las casas de un pueblo, para buscar alojamiento, cuando un campesino, que acababa de negarle con mucha dureza la hospitalidad, siguióla y la llamó. Era un hombre anciano, de malísimo aspecto. Prascovia vaciló en aceptar el ofrecimiento, pero se dejó, no obstante, conducir á su casa, temiendo no encontrar otro asilo. En la *isba* sólo encontró á una vieja cuyo aspecto era todavía más siniestro que el de su conductor. Este último cerró cuidadosamente la puerta y echó los pestillos á las ventanas. Al recibirla en su casa, estas dos personas le hicieron una fría acogida; tenían un aire tan extraño, que Prascovia experimentó cierto temor y se arrepintió de haberse detenido en su casa. La hicieron sentar. La *isba* no estaba alumbrada más que por astillas de pino inflamadas, colocadas en un agujero de la pared y que eran renovadas á medida que se consumían. Á la lúgubre claridad de esta llama, cuando se aventuraba á levantar los ojos, veía los de sus huéspedes fijos en

ella. En fin, después de algunos minutos de silencio :

— ¿De dónde vienes? le preguntó la vieja.

— Vengo de Ischim, y voy á San Petersburgo.

— ¡Oh! ¡oh! ¿Tendrás, pues, mucho dinero para emprender tan largo viaje?

— No me quedan más que ochenta kopecks de cobre, contestó intimidada la viajera.

— ¡Mientes! exclamó la vieja; sí, ¡mientes! nadie se pone en camino para ir tan lejos con tan poco dinero.

Por más que la muchacha protestaba de que aquél era todo su capital, no conseguía que la creyeran.

La mujer murmuraba con su marido :

— ¡De Tobolsk á San Petersburgo con ochenta kopecks! ¿es esto posible?

La infeliz muchacha, ultrajada y temblorosa, retenía sus lágrimas y rogaba á Dios mentalmente para que la socorriese. Le dieron sin embargo, algunas patatas, y cuando las hubo comido, su huésped le aconsejó que se fuera á acostar. Prascovia, que empezaba á concebir vehementes sospechas de que sus huéspedes fuesen ladrones, hubiera dado gustosa todo el dinero que le quedaba por verse libre de sus manos. Se desnudó en parte antes de echarse al lado de la chimenea ¹, en donde debía pasar la noche, dejando en el suelo, al alcance de sus huéspedes, sus bolsillos y su saco, á fin de dar-

1. Las chimeneas rusas son muy grandes, y los campesinos, que no tienen cama en ese país, se acuestan vestidos, bien sobre los bancos esparcidos por la cabaña, bien al rededor del hogar, que es el sitio más espacioso y más abrigado.

les facilidad para ontar el dinero y evitarse así la vergüenza de ser registrada.

En cuanto la creyeron dormida, empezaron, con efecto, las pesquisas. Prascovia escuchaba con ansiedad su conversacion.

— Debe tener aún dinero, decían; con seguridad trae asignaciones ¹.

— Yo he visto, añadió la vieja, arrollado á su cuello un cordón, del cual pende un saquito; allí está el dinero.

Era un saquito de hule que contenía su pasaporte y del cual Prascovia no se separaba jamás.

Pusiéronse á hablar más bajo, y las palabras que oía de vez en cuando no eran á propósito para tranquilizarla.

— Nadie la ha visto entrar en nuestra casa, decían los miserables; ni siquiera sospechan que esté en el pueblo.

Todavía hablaron más bajo. Después de algunos instantes de silencio, y cuando su imaginación le pintaba las mayores desgracias, la joven vió de súbito aparecer ante sí la cabeza de la horrible vieja que asomaba por encima del hogar. Todá su sangre se le heló en las venas. Suplicóle que le dejara la vida, asegurándole de nuevo que no tenía dinero; pero la inexorable visitante,

1. Las monedas de oro y plata son muy raras en Rusia, y no se sirven ordinariamente sino de la moneda de cobre ó kopecks, ciento de los cuales hacen un rublo en papel, y de asignaciones. Estas asignaciones, ó asignados, son billetes de 5, 10, 25, 50 y 100 rublos, que, con los kopecks, son los únicos signos monetarios de uso común.

sin contestarle, se puso á buscar en sus ropas y en sus botas, que hizo que se quitara. El hombre trajo luz; examinaron el saco del pasaporte, le hicieron abrir las manos; en fin, viendo que eran inútiles sus pesquisas, alejóse la vetusta pareja, dejando á nuestra viajera más muerta que viva.

Esta terrible escena, y, más aún, el temor de que se repitiera, la mantuvieron largo tiempo despierta. Sin embargo, cuando renoció en su respiración ruidosa que sus huéspedes estaban dormidos, se tranquilizó poco á poco, y superando la fatiga al terror, durmióse á su vez también profundamente. Era bien entrado el día cuando la despertó la vieja, y quedó admirada, al encontrarla, así como á su marido, con aire más natural y más afable. Quiso marcharse, pero la retuvieron para darle de comer. La vieja hizo en seguida los preparativos con mucha más prisa que la víspera. Tomó las tenazas y retiró de la lumbre el puchero del *stchi* ¹, de que le sirvió una buena porción; entre tanto, el marido levantaba una trampa del suelo, bajo la cual estaba el barril del *kvas* ² y le sirvió una taza llena. Algo tranquilizada por este buen tratamiento, respondió con sinceridad á sus preguntas y refirió una parte de su historia. Demostraron tomar interés, y queriendo justificar su conducta anterior, le aseguraron que si antes habían querido saber si tenía dinero, no fué sino porque habían sospechado equivocadamente que era una ladrona; pero que podía cerciorarse, contando su pequeña suma, de

1. Sopa compuesta de coles agrias (*choucroute*) y carne salada.
2. Cerveza floja hecha con harina de centeno.

que estaban ellos bien lejos de ser ladrones. En fin, Prascovia se despidió de ellos, no sabiendo ciertamente si debía darles las gracias, pero teniéndose por dichosa de estar fuera de su casa.

Cuando hubo hecho algunas verstas fuera del pueblo, tuvo curiosidad de contar su dinero. El lector quedará sin duda tan sorprendido como ella misma, al observar que en vez de los ochenta kopecks que creía tener, encontró ciento veinte. Los huéspedes habían agregado cuarenta.

Gustaba Prascovia de referir esta aventura como prueba evidente de la protección de Dios, que había cambiado de repente el corazón de aquellas malas personas. Algún tiempo después, corrió un peligro de otra especie y que la asustó mucho. Un día que tenía que hacer jornada larga, salió á las dos de la mañana del punto en que había pernoctado. En el momento de salir del pueblo, fué atacada por una bandada de perros que la rodearon. Echó á correr, defendiéndose con su bastón, lo cual no hizo más que aumentar la rabia de aquéllos. Uno de dichos animales se abalanzó á ella y le desgarró el vestido. Dejóse caer al suelo encomendándose á Dios. Hasta sintió con horror que uno de los más obstinados apoyaba el frío hocico en su cuello para morderla.

« Pensaba, decía, que el que me había salvado de la tempestad y de los ladrones, me preservaría también de este nuevo peligro. »

Los perros no le hicieron ningún daño; un campesino que pasaba los dispersó.

La estación avanzaba; Prascovia estuvo detenida en un pueblo cerca de ocho días por la nieve, la cual había caído en tanta abundancia, que los caminos estaban impracticables para los transeúntes. Cuando estuvieron éstos suficientemente apisonados por los trineos, dispúsose á continuar valientemente á pie su viaje; pero los aldeanos en cuya casa se había alojado la disuadieron haciéndole ver el peligro. Esta manera de viajar era entonces imposible, aun para los hombres más robustos, que perecerían infaliblemente perdidos en aquellos desiertos helados, cuando el viento dispersa la nieve y destruye los caminos.

Felizmente para ella, llegó á aquel pueblo un convoy de trineos que conducía provisiones á Ekatherinemburgo para las fiestas de Navidad. Los conductores le cedieron un sitio sobre uno de sus trineos. Sin embargo, á pesar de los cuidados que aquellas buenas personas tenían con ella, como su traje no era propio de la estación, soportaba con mil penas el rigor del invierno, envuelta en una de las lonas destinadas á cubrir las mercancías. El frío se hizo tan violento durante el cuarto día, que, cuando el convoy se detuvo, la viajera, transida, no tuvo siquiera fuerzas para bajar del trineo. La transportaron al *harstma*¹, posada solitaria, á más de treinta verstas de toda habitación y donde se encontraba la estación de relevo de los caballos. Los campesinos advirtieron que tenía una mejilla helada y se la frotaron con nieve, prodigándole los mayores cuidados;

1. Especie de venta.

pero se negaron en absoluto á conducirla más lejos y le aseguraron que corría los mayores peligros, exponiéndose á viajar sin abrigo de pieles con tan intenso frío, susceptible de ir todavía en aumento. La muchacha se puso á llorar amargamente, previendo que no encontraría ya ocasión tan favorable ni personas tan buenas para conducirla. Por otra parte, los venteros no parecían del todo dispuestos á quedarse con ella, y quisieron de todos modos que se marchara con los que la habían traído. En esta apurada situación, viendo que se frustraban sus esperanzas de ir con seguridad hasta Ekatherinemburgo, abandonóse en un rincón del cuarto á toda la expansión de su profunda pena.

Los conductores se apiadaron de ella; cotizáronse entre sí para comprarle una piel de carnero, que en el país no cuesta más que cinco rublos. Desgraciadamente no había quien la vendiera; ninguno de los habitantes de aquella casa aislada quiso hacer el sacrificio de la suya, porque era difícil reemplazarla. Los campesinos llegaron á ofrecer hasta siete rublos á una muchacha de la venta, que los rehusó. En esta incertidumbre, uno de los conductores más jóvenes propuso de repente un medio de los más singulares, el cual permitió á Prascovia aprovecharse de su buena voluntad.

— Le prestaremos, dijo, por turno, nuestras pieles, ó bien tomará la mía una vez por todas, y nosotros cambiaremos á cada versta.

Todos consintieron en ello con placer. En seguida se hizo el cálculo de la distancia y del número de veces que los abrigos debían ser cambiados. Los campesinos

rusos quieren saber su cuenta y difícilmente se dejan engañar. La viajera fué colocada sobre un trineo, bien envuelta en su piel. El joven que se la había cedido cubrióse con la lona de que ella se había servido hasta entonces, y sentándose con los pies cruzados se puso á cantar en voz alta y abrió la marcha. El cambio de los abrigos se hizo exactamente á cada mojón de las verstas, y el convoy llegó felizmente y con toda celeridad á Ekatherinemburgo. Durante todo el camino, Prascovia no cesó de rogar á Dios para que la salud de sus conductores no padeciera por su buena acción.

Al llegar á Ekatherinemburgo, Prascovia se alojó en la misma posada que sus conductores. La posadera, sabiendo por estos últimos una parte de las aventuras de la joven, y juzgando, según su relato, que se encontraba sin dinero, le dió en seguida la lista de las personas de la ciudad que pasaban por ser las más generosas, aconsejándole que se dirigiera á ellas para obtener su protección y los socorros necesarios para el largo viaje que tenía que hacer. Ponderó sobre todo, entre otras, á una señora Milin, de carácter sumamente amable, que hacía mucho bien á los pobres y cuya bondad era notoria en toda la ciudad. Las gentes de la posada confirmaron la verdad de este retrato. Aun cuando la joven no hubiese comprendido la intención de la posadera, se hubiera visto obligada á buscar otro asilo. La posada era lo que se llama en ruso *pastoaileroi dvor* (casa de reposo)¹.

1. Así se denominan en Rusia las posadas en los lugares habitados, tomando el nombre más modesto de *harstma* cuando están aisladas en la carretera.